

LA LUCHA DE CLASES

SEMENARIO SOCIALISTA OBRERO



AÑO IV

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España, 1 peseta trimestre.—Ultramar, 1,25 id.—Portugal, 1,50 id.—Otros países, 1,75 id.
Los pagos se efectuarán por adelantado, en libranzas del Giro mutuo ó sellos de franqueos.
25 ejemplares, 75 céntimos.

APARECE LOS SABADOS
Redacción y Administración, Bailén, 41.
BILBAO 9 DE ENERO DE 1897.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
En Bilbao, en esta Administración, y en provincias, en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas. La correspondencia de Redacción, á nombre de Valentin Hernández; la de Administración, al de Facunde Perenagua.
Número suelto, 5 céntimos.

Núm. 119

Los tribunales militares

La extensión que va tomando la jurisdicción militar en el juicio de diversos delitos (supuestos los más de ellos) es uno de los signos más tristes que presenta hoy España; es lo que la pone sobre todo al nivel de los países más bárbaros. Espíritu militar y sentido de justicia son dos cosas que riñen de verse juntas. A lo que hay que añadir la profunda ignorancia de los que administran justicia militar, su casi total desconocimiento de cuanto acerca de criminología se sabe. Aún suponiéndoles animados del mejor espíritu y de los más nobles deseos de equidad, es difícil se sustraigan á los más absurdos prejuicios, dado que en la general incultura de nuestra España aún se distinguen los militares por su incultura y por lo flojo de sus conocimientos. En el desdichadísimo estado de la instrucción pública en nuestra patria puede decirse que la Academia de infantería va de par con las Escuelas normales, que son los centros donde, salvo rarísimas excepciones, en más deplorable situación se halla la enseñanza.

A la falta de cultura sólida científica, más necesaria de lo que se cree para juzgar con acierto en la administración de justicia, debe añadirse que es entre los militares donde más se cultivan las viejas monsergas del honor caballeresco con todo su cortejo de sentimientos propios de una edad en que el sentido de justicia se confundía por completo con el de venganza. Militar conocemos que siendo un excelente sujeto, de nobles sentimientos naturales, se creyó en una ocasión obligado á ahogarlos y á aparecer duro, porque esto, como el uniforme, viste.

¡El uniforme! He aquí el símbolo de lo peor que el militarismo tiene; he aquí el emblema de esa institución que no es sino el peso terrible del pasado sobre las generaciones presentes, la triste herencia de la edad de las sociedades militantes impidiendo el desarrollo de la sociedad industrial. En plantándose un hombre el uniforme ya es otro hombre; el uniforme le hace dar un salto atrás, produce en él un fenómeno de atavismo.

Y el salto atrás más deplorable, el más funesto fenómeno de atavismo es encargar de administrar justicia (!!!) á la institución que no pasa de ser el instrumento de las venganzas colectivas; es el entregar la más esencial función de la paz á los asalariados de la guerra. No hay manera de justificar tal desatino; un país que eso hace está juzgado.

Tal retroceso suele dar sus frutos. Porque al retrogradar de esa manera y volver la justicia á formas que tuvo en épocas de barbarie, toma el procedimiento judicial formas también de las edades bárbaras, y reaparece el secreto y el tormento, la inquisición en todo su vigor. La aplicación del tormento suele estar en razón directa, no ya de la dureza ó insensibilidad del juez, si no de su ignorancia y torpeza. Cuanto más inepto el juez más tiene que apelar á medios de violencia.

A todo lo cual hay que añadir la casi absoluta falta de independencia de los tribunales militares, cuyos

miembros son víctimas de esa estúpida disciplina, que es el sello indeleble con que se marca el militarismo.

La causa más noble, más útil y más honrada que puede proponerse hoy todo amante del progreso y del verdadero orden, es combatir sin tregua ni descanso la peste mayor de nuestras sociedades: el militarismo, del que son víctimas en primer lugar los militares mismos.

Fórmulas y sutilezas

Hay gentes que se satisfacen con fórmulas, por huecas que éstas sean, que se quedan convencidas cuando les dicen que el alma siente porque tiene sensibilidad ó la carne nutre porque tiene virtud nutritiva, que creen buenamente que el remedio á los males sociales está en el reinado social de Jesucristo, que es como si dijéramos que estriba en la pentanomia pantanómica del latente operante ó en otra fórmula parecida. El P. Urráburu les sea leve.

A estos tales les hemos oído repetir más de una vez, en apoyo del derecho de propiedad individual y privada de los medios de producción, que el hombre tiene derecho á los medios de subsistencia y perfeccionamiento. Y cuando en cierta ocasión hicimos observar á uno de esos formulistas que se pagan de palabras, que ese derecho alcanza á todos los hombres y que no todos gozan de él, añadiéndole que si todos de él gozaran entraríamos en pleno Socialismo, nos salió con curiosísimas sutilezas.

La cosa es clara y por hoy no vamos más que á exponerla para desarrollar otro día. Si todos los hombres llegarán á poseer los instrumentos de su trabajo, cada uno el suyo, caerían al punto en la cuenta de que la producción se intensificaría haciéndolos de propiedad común ó colectiva. El obstáculo al colectivismo es que unos hombres poseen y otros no los medios de producción; si el reparto y subdivisión llegara hasta hacer á todos propietarios de parte de esos medios venía de por sí la solución de ser todos, en colectividad, dueños del total. Era cuestión de conveniencia para todos. El último resultado de una evolución individualista sana, es el Socialismo.

Peró nuestro interlocutor nos recordó aquello de que tienen los hombres tomados en conjunto, de que tiene el hombre en general, el deber de propagarse, siguiendo el precepto aquel de «creced y multiplicaos», pero que aunque este precepto se extiende á todos los hombres, no se ha de entender sea vigente para cada uno de ellos, pues en tal caso caía por su base el celibato eclesiástico. Es decir, que yo, como hombre, tengo ese deber; pero no como Fulano de Tal.

O más claro: los hombres deben pagarse, pero no obliga esto á cada uno de ellos. O más claro todavía: el precepto obliga *generaliter*, pero no *individualiter* (este terminacho lo inventamos).

Y así sucede con la propiedad privada; tiene á ella derecho el hombre, pero no cada hombre. Porque del mismo modo que no se acaba la espe-

cie humana porque haya curas, frailes y monjas que no la propaguen, tampoco se acaba la producción de medios de subsistencia porque haya quienes no posean los instrumentos de trabajo y hasta quienes se mueran de hambre.

Don Fulano tiene derecho á los medios de su subsistencia y perfeccionamiento y no va á negársele tal derecho porque Zutanito no se perfeccione, sino que se degrade, á causa del derecho de aquél.

Lo que hace falta es que se perfeccione la sociedad y ésta no se perfeccionará lo que cabe mientras persista la propiedad privada de los medios de producción.

Y ahora caemos en la cuenta de que no hacemos muy bien en discutir fórmulas vacías con que tratan muchos de encubrir la ausencia de soluciones concretas y su ignorancia de la cuestión, porque todas esas vaciedades sacadas de eso que llaman derecho natural, no son más que palabras vanas, sin contenido real, ni verdadero ni falso: son *urraburadas*.

Romero-roblecismo

Tal es una de las más apestosas enfermedades que corroe á España, el más pernicioso cáncer que la devora.

Romero Robledo quedará como símbolo nefasto de uno de los más tristes períodos de nuestra Historia. En el porvenir, si algún historiador penetra con ojo escrutador y profundo en nuestra Historia, en la Historia de la Restauración, aparecerán nuestros políticos todos, Cánovas, Sagasta, Silvela, etc., sirviendo de escabel á Romero, como su coro, como los sillares de la pirámide sobre que se alzaré el hombre funesto del favoritismo y del cotarro, el que mejor simboliza la arbitrariedad y el capricho.

«Amigo de sus amigos», como José María, tal es el elogio que de Romero hacen sus favorecidos. «¡Tiene un gran corazón!» dicen de él los que admiran á Diego Corrientes. «Es un hombre que no ha robado nunca para sí; por bondad, por amistad, ha dejado robar á otros, y es de los que van por sus amigos hasta donde pueda llegarse.» Todo esto suele decirse en su elogio y basta con ello.

Hay una extraña moral de la *generosidad* nada escrupulosa: la moral del cotarro y del pandillaje, la de la recomendación y el favor.

Es moral de tribu salvaje, en que los deberes no se extienden más allá del círculo de la tribu, en que siendo horrible crimen matar á uno de la misma tribu, se estima alta hazaña matar al de la vecina tribu.

La vuelta á esta moral, el atavismo ético, es lo que en España representa el romero-roblecismo.

Representa además la absoluta carencia de ideal y la falta completa de seriedad, la política de la *juerga* y de la *jácara*, el espíritu de la plaza de toros, ó de la cancha llevado al Parlamento. Para Romero Robledo nunca ha sido el Parlamento más que un circo de gallos y su mayor utilidad la de proporcionar emociones.

El atropello por el atropello mismo, por amor al escándalo, por afrontar

las tímidas y vergonzantes indignaciones de las gentes honradas, el atropello para dejar turulato al hortera, *pour épater les bourgeois*, que diría un francés, el atropello por guasa no pocas veces, para demostrar la propia fuerza, para cagarse en la opinión ó mostrar que ésta no existe, tal es el romero-roblecismo, baratería política de la peor especie.

Y todo está corroído de este cáncer. ¿Qué es Silvela, después de todo, más que el encargado de reducir á sentido jurídico el romero-roblecismo, de someter á orden la anarquía romero-roblemana?

¡Amigo de sus amigos! La moral de las tribus salvajes, si es que á eso puede llamarse moral. Un pueblo que ha puesto al frente de sus destinos al hombre de tal moral, es un pueblo en perfecta anarquía; pero en la mala, no en la de ley interior y viva, en la de pasión y capricho.

Cuando los burgueses se asustan del anarquismo sin conocerlo, deben tener en cuenta que lo que ellos creen que es el anarquismo es el romero-roblecismo, que Romero es el símbolo de la anarquía, y deben pensar que mientras siga siendo en España un héroe popular José María, el que daba de limosna á los pobres lo que había robado á los ricos, no habrá verdadera salvación para España. Las camarillas, los cotarros, los amaños entre amigos, las recomendaciones, el favor, los chanchullos, la *jácara* y la *juerga*, serán siempre nuestro acompañamiento.

Tal estado moral engendra otro estado intelectual de ramplonería agarranzada: el becerro-bengoísmo.

Pero ¿qué hace Weyler?

Esto es lo que se preguntan los cándidos que, extraviados por la prensa criminal del perro chico y de la mentira, piden que se extermine de una vez á los insurrectos todos, y se extrañan de que con 200.000 hombres en la isla no se adelante más en la campaña. Lo que vamos á decir va á parecerles puro idealismo á estos tales.

«La verdad es más fuerte que la razón», decía Sofocles.

Razones se llaman á todos los especiosos motivos de obrar que engendra y sostiene nuestro estado social pasajero y caduco. Se habla de razones de conveniencia, razones de interés, razones de Estado, y sabido es que á tales *razones* se sacrifica la *verdad*, la eterna verdad, el dictado permanente de la justicia.

En la monserga del derecho internacional, en el artificioso tejido de ficciones en que se funda el *derecho* de un pueblo á gobernar á otro á su antojo, tal vez tenga *razón* España al portarse como se porta con Cuba. Pero lo que hay que ver no es la *razón*, sino la justicia que nos asista.

Dejemos de un lado todas esas burlaquerías de que fuimos nosotros quienes descubrimos la América (respecto á lo cual habría mucho que hablar) y de que hemos vertido allí nuestra sangre, y otras simplezas cuya explotación corresponde de derecho al Sr. Castelar, el de el «*decisme*,

americanos»; dejemos de lado el tejido de sandeces que urde una prensa tan ignorante como criminal, y vayamos por círculos, corrillos, cafés y tertulias oyendo lo que las gentes dicen de la guerra y veremos por qué no hace Weyler más de lo que hace.

No está la fuerza en la muchedumbre de los ejércitos, sino en su fe, en la fe del pueblo de donde salen. Y en España ¿hay fe por la actual guerra? ¡No!

Todos los días se oye decir, hablando de los insurrectos: en el fondo tienen razón. Todos los días se recuerda cómo ha sido Cuba el robadero á donde se mandaba á que engordaran á los que aquí estorbaban ó comprometían por su descarada manera de robar. Todos los días se oye cómo se ha sacrificado los intereses de la colonia á los de dos ó tres regiones españolas, y cómo para enriquecer artificialmente á éstas se ha hecho que la vida allí sea cara, teniendo que llevar de la metrópoli lo que más barato y mejor lo encontraban á dos pasos de casa. Todos los días se hace la recapitulación de los pecados de la metrópoli, madrastra torpe é ignorante. Y luego se pregunta cándidamente: ¿qué hace Weyler?

¿Qué ha de hacer Weyler cuando aquí nadie que discurra un poco cree en la justicia de nuestra causa! ¿Qué ha de hacer Weyler cuando se dice y se repite que si llega la paz sometiendo la isla volveremos á las andadas, y no faltarán Romero Robledo que provoquen nuevas insurrecciones! ¿Qué ha de hacer Weyler con la muchedumbre de los pobres quintos, si el país que consiente que vayan no tiene fe ninguna en su causa!

Que no hay fe lo sabe todo el mundo, y si alguien lo ignorara no tiene más que leer la prensa que toca el clarín patriótico y empaparse en el conjunto de ineptias, de estupideces, de salvajadas, de mentiras y de falsías que urde.

No es Weyler, sino la justicia quien puede acabar con una guerra que no puede darnos ni honra, ni gloria, ni provecho, una estúpida guerra por puntillo de honor, por pique, por orgullo y nada más.

REVISTILLA

Leyendo ciertos periódicos franceses creará cualquiera que allí el Socialismo está en las últimas. Todos los días anuncian derrotas electorales, disensiones, manifestaciones hostiles, y así gran número de falsedades.

El uso de tales recursos acusa la impotencia de los adversarios del Socialismo en Francia. Entre todos los periódicos que atacan al Socialismo, distínguese *Le Temps*, el diario archiburgués, que dedica á este asunto, por lo menos, un artículo diario, y días hay en que lo más del periódico está consagrado á esta cuestión. (Véase el del 29 de diciembre último, entre otros.)

Lo cual nos parece falta de lógica; porque si el enemigo es tan insignificante, no hay para qué dedicarle sendas columnas.

Pero nada, el tema del Socialismo en todas las planas, como una obsesión, tratándole muchas veces con harta mala fe, queriendo sacar punta á ciertas divergencias que existen entre los diputados y agrupaciones socialistas, como si esto no fuera una prueba de robustez, de la vida intensísima del Socialismo, que se ramifica de puro vigor.

Educados en los viejos partidos políticos, de vida enteca, de concreción estéril, de estrecho doctrinarismo dogmático, no conciben un organismo li-

bre, de amplitud suficiente para que quepan las múltiples tendencias que se unen en un tronco común.

Es un argumento imbécil, muy usado, el que hallamos en uno de los últimos números de *Le Temps*. Hablando de dos diputados que estaban en desacuerdo dice:

¡Bello ejemplo de concordia nos ofrecen los socialistas! Dueños de una circunscripción no han podido entenderse; ¿qué ocurriría si alguna vez llegasen á ser dueños de Francia?

Esto es lo que hemos dicho: imbécil, imbécil, nada más.

El diputado Deschanel, aunque no discurre tan mal como *Le Temps*, ha dicho bastantes enormidades en un discurso (reproducido por toda la prensa francesa antisocialista) pronunciado hace días en Carmaux, acerca de la cuestión social y el Socialismo.

Según Deschanel, el Socialismo no consiste en querer el mejoramiento del mayor número, porque este es el deseo universal.

Tiene gracia la consecuencia. Usted labra la tierra, trabaja sin cesar hasta que germina el fruto para recogerlo cuando esté en sazón. Pues no es usted labrador, porque querer que la tierra dé frutos es un deseo universal.

Nada más optimista que un burgués bien comido. Las cosas no van tan mal como dicen los socialistas. Eso de la concentración de la riqueza no es cierto. Deschanel sabe que los caminos de hierro, el Banco de Francia, el *Crédit Foncier*, etc., son propiedad de las gentes modestas. Aquí también vieron los periodistas á muchos obreros suscribirse al empréstito.

Verdaderamente las tres pesetas de jornal dan para todo; los pícaros obreros se lo tenían callado; creíamos que van destrozados y mal alimentados por miseria. Pues, no señor. Ahí donde los ven ustedes, famélicos y rotos, es por avaricia, pues los más son accionistas y se codean con Martín Esteban y están al tanto de la cotización de los fondos, y cortan cuponcitos.

Paparruchas así ha dicho en Carmaux el diputado Deschanel, en un Círculo burgués, dicho lo cual huelga advertir que obtuvo de *rifs applaudissements y des acclamations frénétiques*.

Al terminar el acto, la sala—dice *Le Temps*—aclamó de nuevo á M. Deschanel y se tocó el himno ruso (¡oh, demócratas!), que fué saludado con gritos de ¡viva Francia! ¡viva la República!

Retebién.

Si buenos cuartos costó á los frailes la campaña de *El Imparcial* y el *Heraldo* para quitar el mando de Filipinas á Blanco, buenos frutos han obtenido.

Frutos un tanto lúgubres, es cierto; un río de sangre, fusilamientos, abominación aquí y allá, odio en todos los corazones donde los sentimientos de justicia y humanidad no están extinguidos.

Pero á los padres filipinos esto no les importa; la cuestión es seguir en el goce de la colonia y sus productos, cueste lo que cueste.

Según Moret, la Inquisición funciona en Filipinas.

No faltan periódicos infames que encuentran bien lo que allí se hace. Dicen que la política enérgica puesta en vigor, traerá la paz del Archipiélago.

Esto es seguro. Si se fusila á todos los filipinos (y á eso se va por las trazas), no hay duda que se conseguirá la paz.

La paz del sepulcro.

Según el *Heraldo*, la prisión de Re-

páraz ha producido «penosísima impresión en la opinión».

¡Ah, la prisión de Repáraz!

Si hubiese sido la de Pérez ó la de García, ya era otra cosa. Repáraz es una institución; los demás son unos pobres diablos. Pueden ser víctimas de cualquiera brutalidad gubernamental sin que la «opinión» se impresione, ni tanto así.

¡Cuidado si es atrevimiento tocar á Repáraz! ¿Quién queda aquí que esté seguro? ¡Ni Texifonte, oh Dios!

Claro que nosotros protestamos de las violencias empleadas por el Gobierno (con más sinceridad que el *Heraldo*, de seguro); pero no podemos olvidar que esos periódicos, que ahora se quejan, cuando la violencia cae sobre ellos, han guardado silencio mientras en Barcelona se cometían enormes atropellos, lo que envuelve una complicidad criminal. No invocan la justicia y el derecho más que cuando les hieren á ellos. El bárbaro estado de derecho en que nos hallamos es, en parte, obra suya.

Han fomentado los sentimientos guerreros, que debilitan el del derecho, han halagado las pasiones brutales, han velado por falsos prestigios, han adulado, con peligro de la libertad, á instituciones privilegiadas, que hoy se vuelven contra ellos.

Recojan el fruto de su obra. No han sido honrados; la mentira y el interés les guían siempre; nunca la rectitud y el amor desinteresado á la justicia y al derecho. Las víctimas de la brutal reacción negra que capitanea Comillas llamaron á su puerta en demanda de defensa. No fueron oídos. Hallábanse á la sazón muy ocupados en atizar el insano fuego guerrero, en cantar bárbaras proezas.

¿Y no es repugnante verlos ahora adulando cobardemente á los que los maltratan?

¡Serviles! ¡Pendejos!

Es el resultado de dos años de guerrero ardor. Aquí naufraga todo: la libertad, la justicia, la dignidad, la vergüenza, la humanidad; el viejo salvajismo revive en España; acabaremos por tirarnos bocados unos á otros.

**

Nosotros hallamos muy justificadas las denuncias de periódicos como *El Imparcial* y el *Heraldo*. Venían entonces una melodía gubernamental, habían declarado cursi al corazón, y de pronto se ponen tñeros y hablan de los pobrecitos soldados hambrientos, de abusos y robos, de infamias, que mancillan á ciertos prestigios que ellos decían antes ser respetables, de mírame y no me toques.

Semejante disonancia ha herido los oídos de los «respetables» prestigios. Cuando no se sigue un canto sostenido, con el compás de la sinceridad, se dan esos gallos, y el mal que les viene á los que así desafinan es, en cierto modo, merecido.

No se puede poner una vela al pueblo y otra á los prestigios.

**

El Movimiento Católico ha sabido que el doctor Rizal se educó en Alemania, y ahora lo comprende todo. ¿No había de promover insurrecciones?

Y como los ultramontanos imperan, va el frailuno papel ese, y pide que no se tolere que los hijos de nuestras colonias (suyas, de los frailes) salgan á educarse fuera.

Allí tienen, en Manila, una Universidad de Santo Tomás de Aquino donde los padres les enseñarán cuanto han menester. Y el que no esté conforme, cuatro tiros.

¡Oh, sombra de Torquemada! ¿Cómo revives en esta canalla fiera, en estas hienas de sotana, enemigos de Cristo, sanguinarios, feroces! Hicieron odiosa á España en Flandes, en Italia, en to-

da la América, que dominó un día. En los restos coloniales, que forcejean por desasirse, dejarán también siniestro recuerdo. Su despotismo, su orgullo, su ferocidad son satánicos. El Evangelio de Jesús lo han sumergido en sangre.

¡Anatema, anatema sobre esos fariseos impíos!

Páginas de la miseria

EL LOCO

No, aquello ya era insufrible; seis meses sin entrar un cuarto en casa, desde aquel accidente de la quemadura en la fábrica; el brazo comido por la condenada úlcera insaciable, que había devorado primero la carne monda, y comenzaba ya á atacar al hueso... ¡Inútil, inútil para siempre! Y ¡qué cruel dolor, qué punzadas como si la úlcera fuera una fiera rabiosa y le hiciera los dientes sin cesar! Pero los dolores físicos los soportaba él valientemente. Con lo que no podía era con aquel doliente corazón, con aquel enorme tormento moral, con la miseria de su casa.

Su pobre Juana no se quejaba, mas él veía en su rostro la demacración creciente, los sufrimientos, las privaciones, los ojos enrojecidos por el oculto llanto, y el corazón se le hacía un puño, y se ocultaba en un rincón de su cuarto, donde mordía la ropa del lecho para ahogar los sollozos. El corazón se le partía de dolor y de piedad por la infeliz esposa.

Y ésta hacía de tripas corazón y quería aparentar que no estaban tan mal como él creía. Trabajo le costaba á Miguel hacerla comer de la cazuelita de patatas que traía para él.

—No, no; eso es para tí; yo ya he comido; preguntásete á Miguelito, verás como es verdad.

Y la pobre quería mostrarse ahíta, haciendo unos como eructos que no eran sino ecos vagos del vacío de su estómago, lo que producía tal emoción á Miguel que le temblaba el brazo izquierdo con que comía, y tragaba con las tristes patatas las amargas lágrimas que de sus ojos brotaban.

Así seis meses, al cabo de los cuales hubo un día en que la pobre mártir de la miseria, vencida en la horrible lucha, agotada la fuerza que le prestaba su amor de esposa y de madre, levantó las manos, sintiendo hundirse el suelo que sustentaba su pobre sér desfallecido y dijo, con un gemido desgarrador:

—¡Miguel, no puedo más! ¡Pobre Miguel y pobre hijo de mis entrañas!—y cayó sobre los desiguales ladrillos, haciendo retemblar el piso.

Aquel golpe repercutió en el alma del infortunado esposo con estruendo tal que le pareció un trueno que se metía en su cabeza, y allí dentro sonaba con todo su fragor, con chispas de locura.

Sin oír á Miguelito, su hijo, que lloraba aterrado, sin tocar al cuerpo tendido de Juana, corrió á la calle, siguió corriendo, corriendo, sin cesar, con los ojos extraviados, dando al viento unos sordos gruñidos de mortal angustia, y corrió más y más... hasta topar con la policía urbana, la celosa providencia de nuestras ciudades, que vela por la tranquilidad y para que todo marche con sus pasos contados.

Al ser detenido, se expresó Miguel con tan incoherentes razones que diéronle por loco, y le encerraron en un manicomio, donde, como primera providencia, le cortaron el ulcerado brazo de raíz.

Y al ver el muñón que le colgaba del hombro, solía decir Miguel agitando el brazo sano:

—¡Han cortado, han cortado... pero

